

Arquitectura rural. El hábitat campesino como patrimonio vigente

Sección ESTUDIOS

RECIBIDO: 15/04/2022

APROBADO: 29/07/2022

PUBLICADO ONLINE: 14/12/2022

Fernando Vanoli

CONICET-CEVE-AVE (Argentina)

fer.vanoli@unc.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0002-4599-725X>

RESUMEN

Este trabajo sostiene que las tipologías arquitectónicas del hábitat rural campesino poseen valor histórico y vigencia para comprender los procesos socio-territoriales que componen el escenario de la ruralidad. Estos procesos son posibles de ser comprendidos a partir de reconocer las prácticas, saberes y técnicas de quienes habitan dichos territorios.

Para el desarrollo de este artículo, se propone problematizar dos situaciones en comunidades del noroeste de Córdoba (Argentina), por un lado, el modo en que las políticas públicas, específicamente las de vivienda, intervienen en la ruralidad desconociendo las formas de habitar ese territorio, y por el otro, la vinculación que ello posee con la racionalidad arquitectónica, desde la cual se diseñan espacios que aún reproducen fundamentos basados en los patrones universales de la modernidad occidental (principalmente urbanos, antropocéntricos y coloniales).

El objetivo es profundizar en estos aspectos para comprender como esta arquitectura conforma un paisaje material y cultural histórico de nuestras sociedades, y a su vez compone una vigencia invisibilizada por parte del campo de la arquitectura y la intervención de las políticas públicas. Para cual se propone reflexionar sobre una mirada del patrimonio que ponga en valor lo dicho, y procure desmitificar el hábitat rural como algo del pasado.

PALABRAS CLAVE: Arquitectura tradicional, zona rural, política gubernamental, patrimonio cultural.

Rural architecture. The peasant habitat as current heritage

ABSTRACT

This paper argues that the architectural typologies of the rural habitat have historical value and validity to understand the socio-territorial processes that make up the rurality scenario. These processes can be understood by recognizing the practices, knowledge and techniques of those who inhabit these territories.

For the development of this article, we propose to problematize two situations in communities in the northwest of Córdoba (Argentina), on one hand, the way in which public policies, specifically housing policies, intervene in rurality, ignoring the ways of inhabiting this territory, and on the other hand, the link that this has with architectural rationality, from which spaces are designed that still reproduce foundations based on the universal patterns of western modernity (mainly urban, anthropocentric and colonial).

The objective is to delve into these aspects in order to understand how this architecture shapes a historical material and cultural landscape of our societies, and at the same time composes an invisibilized validity by the field of architecture and the intervention of public policies. For which it is proposed to reflect on a view of heritage that puts in value what has been said, and seeks to demystify the rural habitat as something of the past.

KEY WORDS: Traditional architecture, rural area, government policy, cultural heritage.

Introducción

El reconocimiento de las prácticas, saberes y técnicas que componen al hábitat campesino —y particularmente la relación con sus tipologías arquitectónicas— son fundamentales para comprender los procesos socio-territoriales del escenario rural. En ese sentido, este trabajo pretende indagar en la influencia que tiene el campo de la arquitectura como disciplina que promueve una racionalidad desde la cual se diseñan espacios que reproducen fundamentos basados en los patrones universales de la modernidad occidental (principalmente urbanos, antropocéntricos y coloniales). Lo cual se refleja en el modo en que las políticas públicas de vivienda intervienen en la ruralidad desconociendo las formas de habitar en ese territorio

El supuesto de este trabajo es que la arquitectura campesina conforma un paisaje material y cultural histórico de nuestras sociedades, y a su vez compone un presente vital, sin embargo su vigencia se encuentra invisibilizada por parte del campo de la arquitectura y la intervención de las políticas públicas. El objetivo es trazar recorridos teóricos sobre el territorio, el hábitat, el pensamiento situado y el patrimonio, en conjunto con descripciones y análisis del hábitat campesino, que nos permitan habilitar otros sentidos y racionalidades para comprender y acompañar los procesos socio-territoriales de la ruralidad.

Las descripciones vertidas en este trabajo sobre el hábitat rural-campesino, como las observaciones de las políticas públicas se circunscriben al noroeste de la provincia de Córdoba, Argentina. De esa misma área geográfica, se recuperan materiales del trabajo campo en comunidades y parajes rurales que venimos realizando en el Área de estudios socio-territoriales del hábitat, del Centro Experimental de la Vivienda Económica (CONICET), del cual formo parte.

Territorio y arquitectura rural

Uno de los puntos de partida tiene que ver con poder reconocer a la vivienda en relación con el territorio, puesto que consideramos que el análisis de las tipologías arquitectónicas de la domesticidad nos permite comprender también como se dan procesos socio-territoriales del escenario rural. Esto supone reconocer que quienes habitan los territorios rurales del noroeste de Córdoba, en particular comunidades campesinas, han construido históricamente el paisaje que habitan. Nos referimos a formas de vida vinculadas al trabajo de la tierra, involucrando la cría de ganados, elaboración de productos basados en la recolección de frutos de monte y hierbas medicinales, la elaboración de quesos y dulce de leche de cabra, pasteurización de leche de cabra, cocina de cueros de animales, entre otras. Las prácticas cotidianas de quienes habitan estos territorios producen y dan forma a su espacio, siendo constitutivo y mediador de esos modos de vida (Vanoli, 2022).

Una perspectiva socio-territorial reconoce que el territorio se produce y se sostiene mediante relaciones sociales que, entre otras cosas, involucra disputas, historias, potencias y modos de vivir. El territorio, se compone a partir de una forma específica de producción de espacio con sus límites, fronteras y conflictividades, por lo tanto “las relaciones sociales, por su diversidad, crean varios tipos de territorios, que son continuos en áreas extensas y/o son discontinuos en puntos y redes, formados por diferentes escalas y dimensiones” (Maňano Fernandes, 2005: 277). Existe un dinamismo en este concepto, definido por Haesbaert (2013) como el “producto del movimiento combinado de desterritorialización y de reterritorialización, es decir, de las relaciones de poder construidas en y con el espacio, considerando el espacio como un constituyente, y no como algo que se pueda separar de las relaciones sociales” (p. 26).

En concordancia, proponemos una aproximación al hábitat en tanto es una forma de territorialidad compuesta por un sistema de espacios que articulan planos materiales y simbólicos en constante movimiento. En ese sentido, los procesos socio-territoriales marcan una diferencia con el concepto tradicional de hábitat, usualmente reducido a la vivienda —concepción frecuente del Estado para sus intervenciones en el territorio—, acentuando así su carácter dinámico (Vanoli y Cejas, 2021).

Bajo esa perspectiva, el espacio doméstico, es decir, lo que usualmente puede ser considerado como vivienda y en estrecha relación con su tipología arquitectónica, no puede ser separado de su entorno, su territorialidad. Esto haría suponer que en determinado territorio rural no da igual si la tipología de

la vivienda, la materialidad, la técnica constructiva, es una o es otra. La casa es también un hecho cultural.

En términos del diseño y sus funciones, las viviendas rurales son concebidas a partir de las necesidades de cada grupo familiar, con una lógica que habilita la progresiva expansión de la vivienda. La distribución espacial usualmente empieza por un núcleo pequeño de lugar social que abarca principalmente la actividad de comer y usos complementarios, uno espacio íntimo para dormir, otro espacio para cocinar, y además el baño. Luego se van incorporando otros espacios acordes al crecimiento de cada familia. Una de las particularidades de estas viviendas es la generosa galería o enramada, que usualmente expande el espacio social interior. En este punto, el conocimiento de quienes habitan esos territorios sobre los aspectos climáticos del lugar se torna central a la hora de tomar decisiones sobre la construcción de galerías, su ubicación y materialidad. Las elevadas temperaturas en la región a lo largo del año plantean esta necesidad de protección. Este espacio semi cubierto es fundamental en la vida cotidiana, al resguardo de la sombra que genera se desarrollan gran parte de las actividades diarias. En general adosado a las viviendas se encuentra el espacio para el fogón, espacio vital del hábitat rural. Generalmente se encuentra detrás de la vivienda o de la galería, además de evitar el contacto con el humo, allí se desarrollan las actividades domésticas vinculadas a la cocina y también productivas (Ilustración 1).

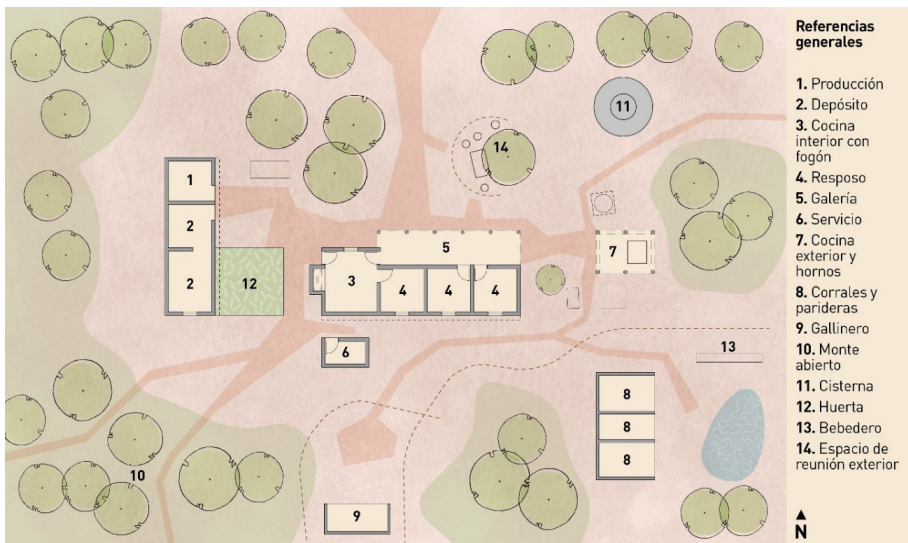


Ilustración 1. Organización típica del hábitat rural campesino. Elaboración propia.

Aspectos simbólicos son parte constitutiva, como indagan Mandrini y Cejas (2021), el espacio de la cocina es también espacio de resistencia y de reafirmación de identidad, puesto que allí se reproducen recetas ancestrales y remedios a partir de yuyos en la zona, se sostienen memorias orales sobre usos, formas de cultivo, de cría, tiempos, lunas, climas, y ciclos. En ese sentido, la cocina permite reconocer dinámicas socio-territoriales por la multiplicidad de relaciones que genera su ubicación en relación al resto de la vivienda. A su vez, su uso contempla variaciones temporales según las épocas de cosechas, estacionamiento, elaboración de productos para la venta y consumo, etc. Mandrini y Cejas (2021) también señalan que los usos y saberes asociados a los espacios de cocina, habilitan el despliegue de formas de habitar el territorio por mujeres vinculado a la lógica de la reproducción de la vida. Mientras que el diseño de la política pública reduce el espacio de cocinar a la lógica patriarcal y urbanocéntrica, donde la cocina es un habitáculo aislado del resto de las relaciones, saberes y prácticas, dejando por fuera las articulaciones con los micro lugares del hábitat rural, tales como huertas, corrales, depósitos de agua, fogones, etc.

Además de lo tipológico, la materialidad y técnicas constructivas constituyen un factor crucial para la comprensión del hábitat rural-campesino. Por un lado, el aprovechamiento de recursos locales constituye un factor relevante a la hora de comprender en sus prácticas una racionalidad ecológica (Vanoli y Mandrini, 2021). Por otro lado, las viviendas se resuelven por autoconstrucción, esta modalidad pone en juego lazos comunales, puesto que a través de la enseñanza intergeneracional se comparten conocimientos técnicos que se han consolidados a lo largo del tiempo y a través de prácticas cotidianas. Por lo tanto, aplican una tecnología constructiva fundada en sus conocimientos y que se desprende de sus posibilidades materiales (Mandrini *et al.*, 2018).

Los sistemas estructurales de sus viviendas se han caracterizado por ser independientes, contruidos a partir de postes y vigas de madera. En el caso de los cerramientos laterales, se utilizan principalmente con muros de quincha y adobe, lo cual incluye materiales disponibles en la zona, como ramas, maderas, cañas, así como también piedras y distintos tipos de tierras (Ilustración 2). Además involucran otros materiales provenientes de su propia producción: cueros, grasas y pinturas; y actualmente es normal encontrar la mixtura con materiales convencionales: chapas onduladas para cubiertas, puertas y ventanas metálicas, vidrios, entre otros.

Las tecnologías constructivas más difundidas son las conocidas como *palo a pique*, técnica que se basa en la colocación de palos de madera de manera perpendicular al suelo, generalmente utilizado para la construcción de corrales; pero

también puede estar recubierto con adobe para la construcción de viviendas. Similar a la técnica conocida como *quincha*, que se basa en estructuras de madera recubiertas por cerramientos de maderas de secciones más pequeñas, que generan una especie de malla para ser rellenada por una mezcla de barro y fibras naturales. Una de las más tradicionales es la técnica del ladrillo de adobe, más similar a técnicas actuales de construcción de apilamientos de bloques, pero en este caso se realiza a partir de la elaboración de ladrillos crudos de adobe. Entre otras tecnologías mixtas y similares que se basan en el uso de los recursos locales, y varían según el clima, la humedad, el tipo de tierras y pastizales disponibles.



Ilustración 2. Casa de adobe en comunidad rural del norte de Córdoba. Autoría propia.

La política pública de vivienda para la ruralidad

La intervención de la política pública provincial transforma las dinámicas del hábitat rural-campesino analizado, particularmente demoliendo la vivienda tradicional para incorporar un modelo exógeno, de tipo vivienda social urbana (ilustración 3).

Las viviendas descritas, también conocidas como viviendas vernáculas o ranchos de adobe, son espacialidades típicas de la región del noroeste en Córdoba. Entre el 2009 y el 2019, el gobierno de la provincia de Córdoba implementó distintos planes y programas destinados a subsanar el Mal de Chagas, combatiendo la vin-

chuca como insecto transmisor de la enfermedad. Específicamente, la Ley Provincial N° 9601 da marco al Plan de Sustitución de Viviendas Precarias, que apuntó a los espacios domésticos de la ruralidad, bajo el supuesto de que el racho de adobe es ambiente de riesgo para la propagación del Chagas¹. A la par se consolidó una discursividad sobre la materialidad, las técnicas constructivas y los modos de habitar campesinos bajo el signo del atraso, solapado en un progreso asentado en el pensamiento urbano, industrializado, de corte higienista y desarrollista (Martínez *et al.*, 2019). En el año 2014, estos programas se consolidan y nuclean dentro de otra política pública provincial: el Plan de Desarrollo del Noroeste Cordobés (PDNC), que abarca 10 departamentos del territorio provincial. Hacia finales del 2019 se construyeron 2407 viviendas nuevas.

Si bien el PDNC contempla otras dimensiones como caminos y servicios, la política habitacional se reduce a la construcción de una vivienda nueva y en consecuencia la erradicación de la vivienda existente. Esa etapa consiste en que la familia adjudicada firma un compromiso a través del cual aceptan la destrucción del rancho como espacio doméstico, proceso que involucra la intervención de maquinaria de demolición y posterior enterramiento de las ruinas en el terreno propio.

Las viviendas construidas por el PDNC reproducen prototipos genéricos que desconocen las formas de vida campesinas. Un elemento central en esa disociación es la configuración y ubicación de la cocina que, en el diseño propuesto, se aloja en el interior de la vivienda, ignorando lo descripto anteriormente sobre las prácticas vinculadas a la cocina (el fogón, la galería, lo productivo, etc.). Además, el combustible utilizado para cocinar es generalmente leña que se encuentra disponible en el monte, sin embargo las cocinas nuevas generan un nuevo problema al depender del gas envasado. El espacio para preparar alimentos es una de las prácticas más relevantes, tanto en lo doméstico, lo social y lo productivo. Esta transformación de la tipología impuesta por la política pública deviene en el desuso de la cocina de la vivienda nueva, puesto que las familias continúan cocinando en los fogones o galerías.

Como indican Mandrini *et al.* (2018), en términos de la producción de la vivienda, si bien la misma política incorporó en algunos casos la autoconstrucción, en su mayoría optó por mano de obra externa, y con ello formas de construcción diferentes, fomentando el uso de materiales de producción industrializada con

1 No es el objetivo de este trabajo desmontar este supuesto, numerosos estudios dan cuenta de que el problema no radica en el tipo de material con el que se construye la vivienda, sino en la calidad y resolución de la construcción. Las perspectivas reduccionistas no hacen más que estigmatizar el conocimiento cultural de algunas comunidades, generando transformaciones irreversibles en modos de vida y paisajes históricos. Para profundizar este aspecto consultar: Rotondaro (1999); Rolon *et al.* (2016); Mandrini, Cejas y Bazán (2018).

escaso margen para articular con los materiales y sistemas constructivos locales. Esto supuso el reemplazo de la estructura independiente de postes de madera, por una estructura de hormigón armado, y cerramientos laterales de quincha y adobe, sustituidos por muros de ladrillos cerámicos huecos y ladrillos cocidos.



Ilustración 3. Fotos de viviendas nuevas construidas en el marco del PDNC. Extraídas de internet.

Arquitectura universal versus pensamiento local

El interés en este trabajo está puesto en indagar la mirada arquitectónica que, también como disciplina, aporta a la consolidación de la mirada hegemónica sobre el progreso. Es posible identificar dentro del campo de la arquitectura a la vivienda y lo doméstico como un tema-problema de relevancia. Allí discurren debates y problematizaciones sobre el habitar contemporáneo, y a la vez es un tema que contempla revisiones históricas sobre tipologías de espacios domésticos con sus correspondientes temporalidades y geograficidades. Una de las cuestiones a tener en cuenta es que lo urbano —como dimensión espacio-temporal y también como modo de pensamiento— tiende a ocupar todos los debates sobre la vivienda actual, lo cual trae aparejado una invisibilización de otras territorialidades, como las ruralidades.

En América Latina, las ciencias sociales y las humanidades son poseedoras de una herencia colonial, que sostiene y reproduce una mirada del mundo desde las perspectivas hegemónicas del norte global (Lander, 2000). Como señalan Name y Moassab (2020), el campo disciplinar de la arquitectura converge en las ciencias sociales aplicadas, siguiendo a Lander (2000), esto nos alerta sobre la legitimación de la praxis que perpetúa el eurocentrismo y la colonialidad del poder. Visible en la desvalorización y ocultamiento de cosmologías y conocimientos constructivos no modernos, señalados como primitivos o inferiores, en particular, en los ámbitos rurales.

Ante esto, intentar ocupar un mínimo espacio en la agenda de la arquitectura con la ruralidad es tarea difícil. La predominancia del desarrollismo, la mirada del progreso, la hegemonía de la racionalidad moderna, hacen de la arquitectura una práctica que, a la hora de trasladarse a pensar la ruralidad, reproduce matices colonialistas. La escuela de arquitectura que hoy transitamos, si bien diversificada, es heredera de los laberintos de la modernidad. No solo en los parámetros que conocemos del movimiento moderno en arquitectura, sino también desde la tradición del saber-hacer académico que se erige como universal y legítimo.

El paradigma de la arquitectura moderna extremó “la fe en el progreso y el orden como instrumentos de salvación, puestos ambos a disposición del hombre por el desarrollo técnico y científico” (Ábalos, 2019, p. 70). Hay una síntesis en lo que denominamos como arquitectura moderna que se traduce en muchos de los fundamentos que venimos mencionado: urbanidad, progreso, tecnificación, eficiencia, desarrollo, industrialización, universalidad, entre otras. No se trata de apuntar en contra de la arquitectura moderna indiscriminadamente, sino revisarla críticamente para desnaturalizar las continuidades que aun hoy permean los sentidos a través de los cuales se proyecta arquitectura. En este caso, con efectos concretos en la desaparición del hábitat rural.

Por lo tanto, y en un sentido contrario, podríamos hablar de arquitectura rural y allí reivindicar las tipologías de vivienda (junto a sus usos, funciones, técnicas y materiales), como un tema/problema contemporáneo. Para ello, considero que la arquitectura necesita reforzar un modo de pensamiento situado, es decir, una forma de proyectar que no se pretenda como universal. Aquí me interesa incorporar una serie de reflexiones sobre el conocimiento situado que, según Haraway (1995), se propone como una manera de pensar por fuera de las estructuras que históricamente han configurado y naturalizado un único saber como un saber objetivo (para el caso de la autora, un saber patriarcal).

Es decir, el mundo moderno como lo conocemos, está puesto en crisis por una serie de estructuras que se han vuelto ya evidentes: los sistema coloniales, la estructura capitalista, como también la patriarcal, entonces ¿por qué la producción de conocimiento, de ese mundo, sería ajena a esas subjetividades?. Hemos naturalizado una lógica del saber moderno como el legítimo, bajo la falacia de que este, por ser científico, es objetivo. Haraway cuestiona esta estructura, y nos dice que eso que instituímos como saberes universales neutrales son, al contrario, conocimiento producidos desde los parámetros de la modernidad: centrados en el hombre blanco, europeo, y todo lo que ya hemos dicho sobre eso. Por lo tanto, esto implica reconocer que el saber puede corporizarse desde otras subjetividades

y cosmovisiones del mundo, que existen diferentes racionalidades también válidas: la producción de conocimiento situados.

El conocimiento situado cuestiona la unidireccionalidad del pensamiento universal moderno, por las relaciones de saber-poder que encubre, y propone reconocer las diferentes matrices de racionalidad existentes históricamente, y la posibilidad dialógica entre ellas. Estas perspectivas críticas sobre el conocimiento científico y de reivindicación de la pluralidad de saberes legítimos se desplegaron en un amplio abanico de perspectivas: la colonialidad del saber (Lander, 2000), las epistemologías del sur (de Sousa Santos, 2009), las nociones comunes (Malo *et al.*, 2004), los saberes *Ch`ixi* (Rivera Cusicanqui, 2015), saberes menores (Deleuze y Guattari, 1997), saberes populares (Freire, 2002), el sentipensar (Fals Borda, 2015), entre otros.

Ahora bien, la pregunta que aquí nos hacemos es ¿de qué manera estas perspectivas críticas de largo aliento interpelan nuestra forma de producir arquitectura? más específicamente, de proyectar los espacios domésticos, tan arraigados a las inagotables posibilidades del habitar cotidiano. Aquí la relación entre saberes y espacios es fundamental, otras disciplinas abocadas a la espacialidad -como cierto recorrido de la geografía- ya han incorporado estas críticas en la comprensión de conceptos como espacio y territorio, como dice Porto Gonzalez (2009) el lugar de enunciación involucra la materialidad de los lugares, la geograficidad, hablamos desde un lugar, por lo tanto, hay saberes inscriptos en los territorios.

En síntesis, la validación de una arquitectura rural que comprenda los procesos socio-territoriales que producen su hábitat, requiere de una ruptura en las continuidades del pensamiento racional-moderno, para habilitar formas de pensar desde otras racionalidades también válidas. Sobre todo desde un pensamiento situado, que permita incorporar las prácticas, saberes y técnicas que históricamente han configurado las espacialidades del hábitat rural.

¿La arquitectura rural como patrimonio?

Como último apartado, me interesa incorporar en la trama argumental algunas reflexiones sobre el patrimonio como posible reconocimiento del valor de la arquitectura rural, en tanto esta arquitectura conforma un paisaje material y cultural histórico de nuestras sociedades, pero con cierta atención sobre la vigencia de estas espacialidades. Con esto quiero resaltar el hecho de que como arquitectura contemporánea se encuentra impugnada por los procesos que venimos mencionando, en consecuencia, pensar en términos de patrimonio posibilita brindarle

valor histórico. A la vez, considero necesario prestar atención a cierto riesgo de la mirada patrimonial, puesto que pretendo desmontar el supuesto que mistifica el hábitat rural como algo del pasado.

Si tomamos como referencia el planteo de Waisman (1994), el valor patrimonial ya no se adjudica exclusivamente a grandes elementos simbólicos-materiales, sino también a otro tipo de patrimonio no monumental, que puede ser denominado patrimonio modesto, en un giro que también promueve quitar la acepción conservacionista y exógena, para brindarle una vitalidad más cercana a lo cotidiano. Como señalan Mandrini *et al.* (2018), la arquitectura popular constituye un ejemplo de patrimonio modesto, por lo tanto, las llamadas viviendas rancho se convierten en un bien patrimonial capaz de atestiguar la historia de una comunidad. Lo hemos dicho previamente, la vivienda no es un objeto material aislado, más bien un elemento cultural que forma parte de un entramado socio-territorial, en tal sentido estas viviendas son “testimonio de la vida de un pueblo, antes que en un conjunto de objetos de elevado valor arquitectónico, de carácter museístico más que vital” (Waisman, 1994, p. 10).

Aproximarnos a las prácticas y saberes rurales desde el patrimonio nos conduce a una situación riesgosa sobre inmovilizar y dejar en el pasado algo vital y potente como son estos modos de vidas rurales-campesinos. Tomo como punto de partida el trabajo realizado por compañeras (Cejas *et al.*, 2019) con quienes compartimos la tarea investigativa en el GIEH². Las autoras proponen pensar las modalidades constructivas y formas arquitectónicas en relación a la idea de patrimonio en contrapunto de la desestimación que promueven las elites políticas provinciales o locales. También señalan que las discusiones en torno a lo patrimonial resultaban paradójicas puesto que en relatos de comunidades locales la decisión de conservar el rancho no tenía mucho que ver con formas de valoración patrimonial. En tal sentido, introducir esta noción podría confundir mecanismos hegemónicos con estrategias de resistencia cultural, a partir de lo cual las autoras proponen abandonar el tópico de lo patrimonial y discurrir sobre otras formas de pensar dicha reivindicación.

Sosteniendo esta discusión, me propongo conservar el sentido del patrimonio como estrategia para reivindicar el valor histórico del hábitat rural, no solo por la técnica constructiva de la vivienda, sino por todo el complejo simbólico y material del hábitat. Y además, porque para el campo de la arquitectura la noción de patrimonio constituye un valor singular que nos permite afianzar esta estrategia reivindicativa, y potenciar la construcción de esta categoría de arquitectura rural

2 Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre el Hábitat (<https://sites.google.com/view/gieh/inicio>).

(insistiendo en su presente vital). La afinidad que posee la dimensión material de la arquitectura con los debates patrimoniales es evidente, como indica Stang (2019) dentro del conjunto de bienes culturales, los edificados y arquitectónicos son los que relacionan de forma más directa a una comunidad con un contexto físico. Los objetos edificados son documentos que le otorgan a la historia una existencia física.

Entonces, si el hábitat rural forma parte del *testimonio de la vida de un pueblo*, si la vivienda, con su tipología y técnica constructiva, es un documento que evidencia la historia de los territorios rurales, la erradicación y demolición de las viviendas rancho no sería un camino apropiado.

En síntesis, el argumento patrimonial nos resulta válido en tanto nos permita traer el patrimonio a un presente vivo, con ello me tomo el permiso de traer palabras de Rivera Cusicanqui (2015) sobre la expansión del tiempo presente, donde el pasado y el futuro son parte. La comprensión lineal del tiempo también es una construcción occidental³, que a su vez fundamenta el progreso y el desarrollo en un avance acumulativo. A contrapartida de una historia que se concibe linealmente, otras epistemologías conciben un pasado-futuro contenidos en el presente. De este modo, podemos superar las lecturas lineales y dicotómicas que avasallan los modos de vida rurales, que promueven un supuesto progreso que supera un atraso, una urbanidad que supera la ruralidad y, haciendo foco en el interés de este trabajo, un modo de hacer arquitectura en la cual la racionalidad moderna da por superada otras espacialidades, anulando la existencia de otras racionalidades.

Conclusiones

Retomando algunos de los principales ejes de este trabajo, quisiera puntualizar el valor recíproco que tienen las prácticas, saberes y técnicas de quienes habitan los territorios rurales y las tipologías arquitectónicas de su domesticidad. Es una perspectiva relacional, donde las espacialidades son mediadoras, en dicho sentido, la totalidad de estos procesos son fundamentales —e imposibles de escindir— para la comprensión socio-territorial de las ruralidades, y la producción de hábitat.

Las políticas públicas de vivienda para estos territorios, enmarcadas en el mencionado Plan de Desarrollo del Noroeste Cordobés, son problemáticas para el sostenimiento de la vida rural campesina. La incorporación de nuevas viviendas desprovistas de todo sentido local y situado, tienen un vínculo estrecho con el

3 La autora se basa en un aforismo Aymara para traernos esta reflexión.

modo en que la arquitectura —como disciplina— proyecta los espacios en la contemporaneidad. Allí aparece un tipo de racionalidad que reproduce fundamentos de una modernidad que pretender resolver problemáticas de manera universal, imponiendo ideales de progreso y asentados en el pensamiento urbano, industrializado, de corte higienista y desarrollista.

Estas advertencias no pretenden negar las problemáticas socio-territoriales que atraviesan las ruralidades, al contrario, dar cuenta de la vigencia de las formas de vida rurales y campesinas en la actualidad, y la potencia de sus prácticas para el sostenimiento y reproducción de la vida en dichos territorios. De allí que la propuesta de este trabajo pretende asentarse en cierta corriente del patrimonio que permita visibilizar y legitimar el hábitat y las viviendas campesinas, inscripto en la tradición del patrimonio modesto, para dar cuenta del testimonio histórico que constituyen, como también un presente vital. En esa dirección, este trabajo también propone establecer un diálogo entre el pensamiento arquitectónico y el territorio —junto a sus prácticas, saberes y técnicas—, como ruptura con el pensamiento universal, que permita proyectar desde otros sentidos y racionalidades para comprender y acompañar los procesos socio-territoriales de la ruralidad.

Bibliografía

- Ábalos, I. (2019). *La buena vida. Visita guiada a las casas de la modernidad*. GG.
- de Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI editores. CLACSO.
- Cejas, N; Sesma, I; Mandrini, M.; Quevedo, C y Huerta, G. (2019). La erradicación del rancho como silenciamiento de memorias constructivas subalternas. Enn Espoz *et al.* (comp.) *Memorias y patrimonios: relatos oficiales y disputas subalternas*. CONICET.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Fals Borda, O. (2015). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo XXI, CLACSO.
- Freire, P. (2002). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura representaciones sociales*, 8(15), 9-42
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Cyborgs y Mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- Lander, E. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO.
- Malo, M. *et al.*, (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Traficantes de sueños.

- Mançano Fernandes, B. (2005). *Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais*. Osal, Clacso.
- Mandrini, M.; Cejas, N. y Bazán, A. (2018). Erradicación de ranchos, ¿Erradicación de saberes? Reflexiones sobre la región noroeste de la Provincia de Córdoba, Argentina. *Anales del IAA*, 48(1), 83-94.
- Mandrini, M. y Cejas, N. (2021). La cocina: espacio de resistencia material y simbólico en el hábitat campesino. *Ponencia XVIII Encuentro de Geografías de América Latina*. Diciembre 2021. Inédita.
- Martínez, V., Sesma, M., Vanoli, F. y Quevedo C. (2019). La nueva agenda urbana. Las viejas relaciones coloniales. *3° Congreso Internacional Vivienda y Ciudad: Debate en torno a la Nueva Agenda Urbana*. FAUD-UNC.
- Moassab, A. y Name, L. (orgs.) (2020). *Por um ensino insurgente em arquitetura e urbanismo*. EDUNILA.
- Porto Gonçalves, W. (2009). De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 8(22), 121-136.
- Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen. Miradas Ch'ixi desde la historia andina*. Tinta limón.
- Rolón, G.; Olivarez, J.; Dorado, P.; Varela Freire, G. (2016). Las construcciones del espacio domiciliario y peridomiciliario rural como factores de riesgo de la enfermedad de Chagas. *Revista Construcción con Tierra*, 1(7), 57-68.
- Rotondaro, R. (1999). Componentes y diseños para mejorar la vivienda en zonas afectadas por el mal de chagas, Santiago del Estero, Argentina. *Revista INVI*, 14(36), 119-130.
- Stang, J. (2019). El patrimonio no existe. En Espoz et al. (comp.) *Memorias y patrimonios: relatos oficiales y disputas subalternas*. CONICET.
- Vanoli, F. (2022). ¿Qué puede un espacio? Sacrificio ambiental y subjetividades disidentes en Ituzaingó Anexo (Córdoba, Argentina). Edicea.
- Vanoli, F. y Cejas, N. (2021). Tensiones y fracturas en el territorio. Procesos socio-territoriales del hábitat rural en la provincia de Córdoba, Argentina. *Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones Latinoamericanas*, 10(19), 107-129.
- Vanoli, F. y Mandrini, M. (2021). Sustentabilidad y hábitat campesino: abordajes desde la ecología política en el territorio rural de Córdoba, Argentina. *Vivienda y comunidades sustentables* (9), 77-89.
- Waisman, M. (1994). El patrimonio en el tiempo. *Revista PH*, 6, 10-14.